

mo dos diferentes especies de muerte, entre las cuales forzosamente y sin dilación tiene que elegir una... Su dolorosa perplejidad vino á parar, al fin, á una determinación súbita y rectilínea. Se levantó, fué á coger su pañuelo de manta que pendía de una percha, y echándose por los hombros, dijo: "Me voy á Leganés... Algún medio habrá de saber la verdad... Acompáñame tú, Ezequiel. Si necesitas licencia de tu padre, vete por ella y vuelve pronto.,,"

Respondió el bondadoso chico que la licencia la tenía ya, pues su padre le había encomendado, al salir de casa, que si Lucilita se veía precisada á dar pasos á cualquier hora de la noche, ó toda la noche entera, la asistiese y custodiase como lo haría el propio D. Gabino, si en tan honrosa obligación se viera. No le pareció bien á Eulogia que en noche oscura y con tan menguada compañía emprendiese una mujer caminata larga y peligrosa; pero no pudo desviar á Lucila de aquel propósito, semejante á la veloz de-rechura de la flecha lanzada. Salieron por el corral.

XVIII

Ya embocaban á la cabecera del puente de Toledo cuando un desgarrón de las nubes, que cubrían casi totalmente el cielo, dejó ver un cuarto de luna, con desmayada luz

entre cendales, corriendo hacia los bordes grises que habrían de ocultarla de nuevo... "Lucila, mira, mira la luna—dijo Ezequiel creyendo que podría distraer de su pena á la pobre joven, comunicándole su admiración candorosa. Pero ni lunas ni soles podían iluminar la noche oscura que en su alma llevaba la hija de Ansúrez, y siguió en silencio. Marcha sostenida y regular llevaban: con el aire que al paso de los dos imprimió Cigüela en la bajada de Gilimón, se aproximaron á la entrada de Carabanchel Bajo. Pero aquí el potente impulso de ella empezó á flaquear; se detuvo un momento mirando las primeras casas, y preguntó á su acompañante si estaban ya en Leganés.

"¡Ay! no... Esto es Carabanchel Bajo... Si quieres, descansaremos un poquito.

—No... Entre casas y donde haya gente, no nos detengamos—dijo Lucila.—Sigamos, y á la salida nos sentaremos.,,"

Atravesaron el pueblo, esquivando el encuentro con los escasos grupos de personas que al paso veían, y al salir de nuevo al campo, Lucila hubo de aquietar un poco su marcha. "Nos cansamos sin necesidad—observó Ezequiel,—pues ¿qué adelantas con llegar á Leganés á media noche? Andemos despacio, y si á mi brazo quieres agarrarte hazlo con confianza, que yo no me canso. Por este camino venimos Tomás y yo de paseo algún domingo, y todo este campo me lo sé de memoria.,," Con lento andar llegaron á Carabanchel Alto; acelerando un poco pasaron el

pueblo, y al rebasar de las últimas casas, Lucila, sin aliento, echando en un suspiro toda esta frase: "no puedo más, *Zequiel*... aquí me siento," cayó al pie de un árbol. El cerero acudió á levantarla, cariñoso, diciéndole que un poco más arriba encontrarían mejor y más cómodo asiento, y puesta ella en pie, bien asida la mano del mancebo, siguieron despacio, él sosteniéndola, ella dejándose llevar, hasta que les brindaron descanso unos troncos de negrillo apilados en el suelo y protegidos de una maciza pared en ruínas.

"Estoy muerta de cansancio — dijo la moza después de recobrado el aliento.

—Pues tómate el tiempo que quieras para recobrar fuerzas, porque aún hay algunas horitas de aquí al amanecer... Y si te entra sueño y quieres dormir, no tengas miedo á nada; yo velo y estoy al cuidado.

—Mira, *Zequiel*, mira aquella lucecita que allá lejos se ve... por esta parte... por donde te señala mi dedo... ¿Será aquello Leganés?

—Por esa parte cae el pueblo; pero el cuartel está más arriba. Entre el cuartel y el pueblo hay unas casas muy grandes del Duque de Medinaceli donde van á poner Hospital de locos.

—Casa de locos... — dijo Lucila. — Pues que sea grandecita, pues bien de gente hay que la ocupe..."

Dicho esto, permanecieron silenciosos, Ezequiel á la izquierda de su amiga, miran-

do á las lejanías oscuras donde se divisaban, no ya una sola luz, sino tres ó cuatro formando como una constelación. Requirió Lucila los bordes de su pañuelo de manta para abrigarse, y como expresara su desconsuelo de ver al muchacho sin capa ni ningún abrigo, dijo él: "Yo nunca tengo frío ni calor. No te ocupes de mí y abrigate bien, que tú eres más delicada..." Así lo hizo Lucila, y á la media hora de estar allí, el abrigo, el descanso, la soledad, rindieron su fatigada naturaleza, llevándola sin sentirlo á una sedación intensísima... Su pena se recogió en el fondo del alma, ahuyentada momentáneamente por la reparación física; la inercia impuso un paréntesis de la vida para seguir viviendo. . . Dió dos ó tres cabezadas. "Lucila — le dijo el cerero, inmóvil, — si quieres descansar tu cabeza sobre mi hombro, aquí lo tienes... A mí no me incomodas... descarga tu cabeza y duerme un poquitín..." La moza no respondió... Por instintivo abandono, vencida de un sopor más fuerte que su propósito de estar desvelada, dejó caer la cabeza sobre el hombro del mancebo y quedóse dormida. Desde que sintió el dulce peso, Ezequiel fué un poste, más bien almohadón en figura de persona: respiraba con pausa y ritmo, para que ni el menor movimiento turbase el reposo breve de su infeliz amiga. La inocencia del muchacho despierto no era menos bella que la de la mujer dormida.

El sueño de Lucila, que en realidad fué como una embriaguez de cansancio, duró

apenas un cuarto de hora. Despertó sobresaltada, creyéndolo de larga duración. —¡Si apenas has dormido el espacio de tres credos! —le dijo Ezequiel.—Duerme más y descansa, que yo velo: yo velo por los dos... y estoy al cuidado... Como si quieres echarte bien envuelta en tu pañuelo, y apoyando la cabeza en mis rodillas...

—No, no, *Zequiel*... Yo no tengo sueño. Fué un momento no más, como si dé la fuerza de mis pesares perdiera el sentido. Se moriría una si alguna vez, por un ratito, no se borrara de nuestro pensamiento el mal que sufrimos, y no se escondiera el dolor... *Zequiel*, duerme tú ahora si quieres, que yo velaré.

—No: rezo y velo yo, que debo estar al cuidado..”

Hablando á ratitos, ó entregándose cada uno por su cuenta á la contemplación del cielo y de la noche, escapados hacia el infinito exterior para recaer luego en el interno infinito que cada cual en sí mismo llevaba, pasaron horas no contadas ni medidas, porque ni ellos tenían reloj, ni campanadas lejanas venían á marcarles los pasos del tiempo. Tampoco sabían leer la hora en los astros, y éstos... malditas ganas tenían aquella noche de ser leídos.

Engañada por su deseo de acelerar el tiempo, creyó ver Lucila un viso de aurora en el horizonte, y dispuso continuar la marcha. “Ya viene el día, *Zequiel*... Sigamos. No nos será difícil averiguar si está Tomín en el

Depósito. Y si está, tenemos que volver corriendo á Madrid para dar los pasos y ver de sacarle...

—Con alma y vida mirará Domiciana por él—dijo el cerero gozoso, ingenuo.—¡Pues no le quiere poco en gracia de Dios!... Y eso que nunca le ha tratado... Verdad que le conoce como si le hubiera visto mil veces, y sabe cómo tiene los ojos, y lo arrogante que es... Tanto le has hablado tú de Tomín, que sin verle le ha visto. Domiciana es muy buena: á tí te quiere muchísimo, y todo su empeño es proporcionarte un buen matrimonio. Al Capitán le quiere porque le quieres tú. Yo le dije un día que fuese conmigo á ver á Tomín, y ella me dijo, dice: “no voy, porque Lucila es muy celosa y podría meterse en la cabeza cualquier disparate..” Yo le contesté que tú no pensabas nada malo de ella, pues harto sabes que es monja, y que no tiene licencia del Padre Eterno para enamorarse de un hombre...”

Lucila, que aún permanecía sentada, pensó que llevaba de compañero á un ángel del Cielo.

“Si quieres—dijo el muchacho,—sigamos nuestro camino. Despacito, podremos llegar, creo yo, cuando esté amaneciendo... Pues Domiciana me dijo eso: “No quiero que Lucila padezca celos por mí... Podría suceder que el Capitán, al verme, fuera conmigo rendido y galante, como corresponde á un caballero. No dejaría de apreciar mi señorío y buena educación, no dejaría de ver que si

no soy hermosa, tampoco espanto por fea... Los hombres de gusto aprecian mucho, en nosotras, los modales y el hablar finos... Por esto quiero estar apartada de Bartolomé... para que esa pobrecilla Luci no se arrebatte... Esto me dijo, y en ello verás lo mucho que te estima.

—Sí que lo veo, y lo agradezco de veras— indicó Lucila poniéndose en marcha.— Tu hermana, desde que anda en tratos con gente de Palacio, se compone y acicala. Con su buen ver, y con la gracia de su conversación, haría conquistas si quisiera.

—Pero no le hables á ella de conquistas de hombres— dijo Ezequiel ajustando su paso al de Lucila,—que eso no le cuadra, ni mi hermana es mujer que falte á sus votos por nada de este mundo. En ella no verás el coquetismo de otras que se emperifollan al cuento de gustar á los caballeros. Lo que hace mi hermana es adecentarse, porque tiene que andar entre personas de la aristocracia fina... Ella pará sí tiene el gusto del aseo, que ya es como una tema; tanto, que algunos días no se pueden contar las cubas que el aguador sube á casa para sus lavoteos...

Algo más habló el ángel en el caminar lento por la carretera polvorosa, y momentos hubo en que molestó grandemente á Lucila el batir de las blancas alas de su compañero: en un tris estuvo que de un manotazo le arrancase las plumas... Callaba la moza para que él moderase sus expansivas

manifestaciones, y andando, andando, vieron casas, mulos, personas. Como Ezequiel anunció, llegaban al término de su viaje á punto de amanecer. Guió el mancebo hacia un edificio grande y aislado que á derecha mano se parecía, y cerca de él vieron grupos de mujeres que volvían hacia el pueblo. Hallándose á corta distancia del grande edificio, con trazas de convento, oyeron toque de cornetas y tambores. A Lucila le saltó el corazón. Hablaba el Ejército, que para ella era como si Tomín hablase; y estando en esto, parados los dos en espera de algo que determinara sus resoluciones, creyó Cigüela oír su nombre. Volvióse, y entre los bultos de personas que pasaban vió que se destacaba una mujer, toda envuelta en cosa negra como una fantasma. Por segunda vez sonó la voz, agregando otras palabras al nombre: "Lucila, Lucila, ¿no me conoce? Soy Rosenda."

Ya... Era *la Capitana*, amiga del Teniente Castillejo, compinche de Bartolomé Gracián en políticas trapisondas. Al reconocerla y contestar al saludo, advirtió Lucila que tenía el rostro bañado en lágrimas, y que revelaba en sus facciones y en su fúnebre actitud una gran tribulación.

"Vengo, ya usted supondrá—murmuró Lucila, que al punto se contagió del lagrimeo,—vengo porque... Pasado mañana... digo, mañana, salé la cuerda.

—Hija, no—replicó la Capitana ahogándose:—la cuerda salió ya.

—¿Cuándo?

—Hoy... hará un cuarto de hora. ¡Mala centella para el Gobierno! —exclamó Rosenda, que era en su lenguaje un poquito amanolada.—En los hombres no hay ya vergüenza... Las mujeres tendremos que hacer alguna muy sonada... pasear por las calles en un palo mondongos de Ministros... ¿De veras no cree usted que haya salido la cuerda? Por allí va... ¿Ve usted aquella nube de polvo, como las que se levantan cuando pasa un ganado? Pues allí van...»

Miró Lucila hacia el punto lejano que Rosenda le señalaba, y vió en efecto la columna de polvo, como una cabellera desgredada en sus extremos. Iluminada por el resplandor de la aurora, que á cada instante era más vivo, la nube blanquecina andaba lentamente. No se veían los hombres conducidos al destierro: se veía sólo una cresta de polvo que en su camino les acompañaba. Lanzó Cigüela un rugido, y antes de que en otra forma expresara su inmenso dolor, Rosenda le dijo: “¿Por qué ha venido usted, si Bartolomé no va en la cuerda?”

—¡Que no va! ¿Está usted bien segura?...

—Les he visto á todos uno por uno, anoche y esta madrugada, en el mismísimo Depósito... Infierno lo llamo. Las cosas que he tenido que hacer para que el Comandante me dejara entrar no puedo decirlas ahora... Pues verá usted: militares van seis... Mi pobre Castillejo, Zamorano, Socías... ¿se acuerda usted de Socías? Angulo, el de Provincia-

les de Cuenca, y dos que trajeron ayer de Guadalajara. Los demás son gente de pluma: van en la cuerda porque llamaron ladrones á los Ministros, ó porque repartieron papelititos en los cuarteles. Van también dos extranjeros que parecen *gringos*, y un *franchute*. ¡Ay, qué infame tropelía! ¡Llevar á hombres cristianos en trailla, como á perros con rabia para echarlos al agua! ¡Lástima que todas las mujeres de corazón no nos volviéramos perras rabiosas!... ¡No eran mordidas, Señor, no eran mordidas las que habíamos de pegar!... ¡Ay, mi Castillejo! ¡Pobrecito de mi alma!», Decía esto mirando la cabellera de polvo, que alejándose se achicaba ya, y removida del vientecillo de la mañana desparramaba en el aire sus guejas.

XIX

“Con lo que dice esta señora—indicó Ezequiel á su amiga, satisfecho,—ya puedes estar tranquila. Demos gracias á Dios. Tomín no va en la cuerda...”

Sintiendo su alma casi libre del horrendo peso que había traído consigo desde Madrid, Cigüela no podía llegar á un estado de completa tranquilidad y menos de alegría. Porque aun descartado el hecho tristísimo de la deportación de Gracián, el problema seguía ofreciendo á la pobre mujer aspectos pavo-

rosos. ¿Dónde estaba el hombre? El cúmulo de probabilidades, todas muy negras, que esta interrogación ponía frente á Lucila, incitándola á escoger la más lógica, eran motivo suficiente para que la paz no reinara en su alma. De que Tolomín no había ido en la cuerda se convenció escuchando de nuevo el informe de la Capitana, autorizado por un Teniente de servicio en el Depósito, hombre compasivo y amable que las acompañó cuando se retiraban al pueblo... Vió, pues, Lucila claramente que su afán continuaba en Madrid, y allí habría de padecerlo hasta que Dios la curara ó la matara.

Cuando se desvaneció en el horizonte la nube de polvo, señal de que los presos iban ya cerca de Jetafe, las dos mujeres, desconsoladas por la desaparición de sus hombres, echaron suspiros, la una en dirección de la cuerda, la otra hacia los mismos Madriles, y al punto se pecataron de que nada tenían que hacer en aquel sitio. "Vámonos al pueblo—dijo la Capitana, bostezando de sueño y hambre;—yo estoy con lo poco que comí ayer al mediodía." Demostraciones de desfallecimiento hizo también Lucila, secundada por Ezequiel; y el Teniente, que en aquel caso estaba obligado á ser galante, las invitó á matar el gusanillo en una venta próxima. Aceptaron las mujeres, y poco después sus pobres cuerpos se reparaban del grande ajeteo de la noche, ya que del vivo dolor no podían sus almas repararse. Durante el desayuno, que el Teniente proveyó

con liberalidad, se desató la Capitana en denuestos contra *el ladronazo de Bravo Murillo*, que quería ser más *crúo* que *Narváez*... Esto no podía permitirse á un *facha*, á un *Don Levosa*, personaje *de poco acá*; y los de Tropa debían volverse todos contra él, negando el derecho del paisanaje á mandar á los españoles. Cigüela, interrogada después por su amiga, tuvo que relatar el cómo y cuándo de la extraña desaparición de Gracián. El Teniente le conocía desde la campaña de Cataluña, en que sirvieron juntos, y á un tiempo encomiaba su bravura en la guerra y su temeridad en las intentonas políticas.

Repuestas de su quebranto físico, las mujeres hablaron de volverse á Madrid. Rosenda propuso que si no se encontraba calesa, se buscara un carro en que podrían ir tumbadas, como sacos de patatas ó seretas de carbón. Mientras iba Ezequiel á esta diligencia, la curiosa Capitana pidió á Lucila noticias de aquel joven tan modosito y guapín que la acompañaba, y satisfecha su curiosidad, dijo: "¿Con que cerero? Ya pensé yo para entre mí que ese *descosío* tenía que ser de iglesia. Bien pensado está eso de arrimarse á lo eclesiástico, que en estos tiempos no hay otro camino... ¡Ay, bien se lo dije á mi Castillejo! El no me hacía caso... Ocasiones tuvo de ampararse de la clerecía. Yo le abrí camino, por un señor cura, mi amigo, que está en el Vicariato General Castrense; pero Castillejo no quería... Por poco reñimos... Y

ya ve las resultas de ser tan arrimado á la libertad de religión, de los cultos *ateístas*, ó como se llame... ¡A Filipinas! ¿Y hasta cuándo, Señor?... ¿Sabe usted lo que digo? que maldita sea esta Nación..”

Encontrado el carro, y despedidas del Oficial las tristes mujeres, emprendieron su regreso á Madrid. “Acuéstense en estas sacas—les dijo Ezequiel,—y duerman tranquilas; que yo velo y estaré al cuidado..” Tumbáronse á su comodidad; pero sólo en esto se cumplieron las indicaciones del manco, pues él fué quien rendido de la mala noche, se durmió como un cesto, y ellas, velando, hablaban de sus cosas. Referidos por Cigüela ciertos antecedentes de la desaparición de Tomín, dijo con agudeza la Capitana: “Este es un caso, amiga mía, en que yo tengo que preguntar: *¿quién es ella?* Me da en la nariz olor de mujerío... Gracián es un real mozo... Sé por Castillejo que á muchas enloqueció sólo con mirarlas. En Madrid, hija, pasan cosas que si se cuentan nadie las cree... Va usted á oír un sucedido que pasó en Lorca, mi tierra. Erase un oficial muy simpático que estaba preso por mor de un desafío. Entre dos mujeres, que al parecer no le conocían, la una muy rica, le sacaron de la cárcel, sobornando á los guardias, y se le llevaron á un campo lejos, lejos... La rica, que era viuda y fea, apareció al año en Murcia con un niño de pecho; poco después llegó el oficial con el canuto de la absoluta, y se casaron... Ate usted este cabitō y apren-

da... No dude usted que si hay robos de mujeres por hombres, y testigo soy yo, pues mi marido siendo alférez me robó á mí lindamente de la casa de mis padres, como quien coge del árbol una pera ó melocotón; si hay, digo, casos mil de muchachas robadas por varones, casos se han visto, aunque son menos, de caballeros arrebatados por señoras... Indague usted, Lucila, y haga por descubrir la verdad... ¡Ay, si eso á mí me pasara, y supiera yo dónde está la ladrona!... ¡No eran bofetadas, no eran azotes en semejante parte, no eran estrujones hasta quedarme con el moño en la mano, y no era zapateado sobre sus costillas hasta dejarla como una pasa!

—¡Robado por una mujer!... ¡Imposible! —exclamó Lucila, que aunque bregaba en su magín con un pensamiento semejante, no lo tuvo por absurdo hasta que lo oyó expresado por extraña boca. Le sonaron las historias y comentarios de Rosenda á cosa trágica, compuesta para causar lástima y terror á las gentes, como lances de teatro inventados por los poetas... Y le pareció aún más extraño que tales cosas le pasaran á ella, criatura insignificante y pacífica, pues las tragedias eran siempre entre reyes ó personas de elevada alcurnia... Recordó entonces lo que su padre le refería de los dramas cantados, y de las bellezas grandilocuentes de la ópera... Su inmensa desdicha, con las nuevas formas que tomaba, se le iba volviendo cosa de canto, ó por lo menos de verso, que viene á ser la música parlada.

Nada más, digno de ser contado, ocurrió en el viaje, que tuvo su fin después de mediodía. Dejólas el vehículo junto á la Puerta de Toledo, y á pie hicieron su entrada en la Corte, despidiéndose la Capitana en la esquina de la calle de la Ventosa, para seguir hasta la Cava de San Miguel, donde moraba una tía suya... Al entrar la buena moza en su casa, grande ansiedad, negra con tornasoles de esperanza, embargaba su espíritu. ¡Estaría bueno que hubiera parecido Tomín, que le encontrara sano y salvo, creyendo que ella era la extraviada y no él!... Pero esta ilusión tardía, triste como flor de cementerio, se desvaneció al entrar en el corral y ver la cara de Eulogia, que no dijo nada lisonjero. Rápidas preguntas cambiaron una y otra. "¿Ha ocurrido algo; ha venido alguien?"... "Nadie ha venido; no sé nada. ¿Dices que no ha ido en la cuerda?"... "No va en la cuerda. ¿Ha venido alguien?"... "Nadie, mujer..."

Toda la tarde estuvo Cigüela muy abatida y lacrimosa... Por la noche se salió de la casa sin que Eulogia la viese, y dejándose llevar de una atracción irresistible bajó á la Ronda: su memoria, eficaz auxilio de su locura, le reprodujo la relación que la noche anterior hizo Fabián de los lugares donde había visto á Tolomín, conducido por dos hombres, y se lanzó por solares y callejuelas entre tapias, recorriendo ó pensando recorrer los mismos sitios por donde aquél fué, perdiéndose al fin de toda vista humana. Era una conmemoración, un viacrucis por

estaciones que ignoraba si conducían á la casa de Pilatos, al Gólgota, ó á otro nefando lugar, peor que todos los Calvarios... Llegó á verse entre tapias, que eran guardianas de árboles raquícos y de unos caserones destartados, siniestros: en alguno de estos vió luces... Pasó junto á un lavadero; vió un altozano que más bien parecía montón de escorias, las cuales bajo los pies sonaban como huesos, y al subirse á él distinguió más caserones de formas absurdas, más árboles escuetos, y vapores lejanos, como humos de caleras ó resuello de hernos. En lo más alto de aquel montículo, sintió imperioso anhelo de llamar al perdido Capitán, con la crédula ilusión de que éste le respondería, y soltando toda la voz, se puso á gritar ¡Tolomín!... Entre grito y grito dejaba un espacio... Aguzaba el oído, creyendo que de la inmensidad distante vendría un *¿qué?*... Pero no venía nada... Los pulmones fatigados y la garganta enronquecida, ya no podían más. Bajó Lucila del montículo, y arriada á una tapia, la voz, no ya vigorosa y tonante, sino plañidera, con angustioso timbre, dijo "*¡Min!*...", Recorrió como unas treinta varas clamando *Min*, en son parecido al balar del cabritillo... cada vez más tenue hasta que se extinguió en un *Min* casi imperceptible, como si á sí misma se lo dijera... Cuando volvió á su casa, cerca de media noche, Eulogia creyó que su pobre huésped se había dejado en el paseo la razón.

Si no volvía loca, enferma sí que estaba: en

la cama hubieron de meterla contra su voluntad, acudiendo á calmar con mantas y botellas de agua caliente el intenso frío precursor de horrible calentura. Por no ser fácil encontrar médico en la vecindad á tal hora, llamóse á un veterinario, habitante en la misma casa, el cual, viendo muy arrebatado el rostro de Lucila y que de su cabeza echaba fuego, ordenó una sangría. No creyó prudente Eulogia administrársela. A la mañana siguiente fué un físico de tropa, muy entendido, y aprobado lo que había hecho la casera, diagnosticó el caso como grave, de lenta resolución... En efecto: bien malita y casi á dos dedos de la muerte estuvo Cigüela, delirando furiosamente por las noches, y de día como alelada, diciendo mil desatinos y sin conocer á nadie: en los ratos de alivio, su entendimiento no daba de sí más que estas preguntas: "¿Quién ha venido?... ¿Qué se sabe?... ¿Domiciana...?", Eulogia le contestaba: "Sí, sí: ha venido la señora cerera... La primera vez no quiso pasar: no venía más que á enterarse. La segunda vez le dije que estabas sin conocimiento... llegó á esa puerta y miró... No quiso entrar... parecía medrosa, muy medrosa... Te miraba desde la puerta, y dijo... "Cuidarla mucho. Si muere, avisenme,... También ha venido tu padre... muy triste de verte enferma, alegre porque ya le han colocado... Está muy agradecido á Doña Domiciana... No bien abrió la boca, la señora se puso la mantilla y salió á la calle en busca del

remedio. Al día siguiente ¡pumba! el destino. Esto es servir con prontitud y equidad.

—Domiciana tiene influencia; digo, se la prestan. Es una culebra que lleva de aquí para allá los recados de las águilas... Otra cosa: ¿en qué oficina está mi padre ahora?

—No le han metido en ninguna cosa del Gobierno, oficina ni *viceversa* teatro, sino en una casa particular, y por ello está tu padre más contento. Ha entrado á servir á ese que regenta toda la policía, el D. Francisco Chico, que prende criminales y espanta masones..

—Entonces mi padre estará al cuidado de las horcas.

—No, que el destino que tiene no es más que limpiar el polvo á los cuadros, cornucopias, urnas y tapices que el D. Francisco tiene en una gran casa de la Plaza de los Mostenses... Y por quitar el polvo y cuidar de aquellos almacenes, le dan á tu padre ocho reales y casa. Dice que no hay en Madrid destino de más descanso. Si satisfecho estaba el hombre en el Teatro Real, gozando de tanta música y baile, ahora salta de gozo porque come y vive con poco trabajo, entre tantas cosas lindas y nobles... ¿Qué te parece, mujer, de la colocación de tu padre?..

Lucila no respondió más que con un áspero rechinar de dientes.